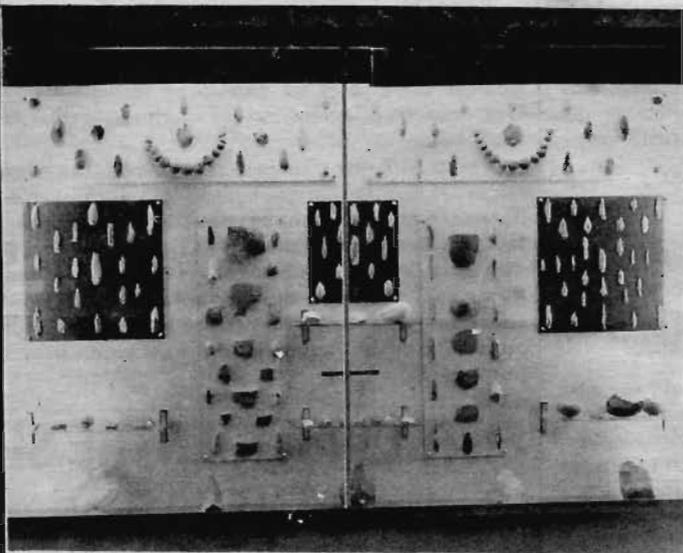


Los centros culturales de este tipo, cada vez más olvidados

UN MUSEO DE CIENCIAS NATURALES

- Los museos son, generalmente, algo muerto e indigerible
- El pueblo no tiene la culpa... casi nunca



Parece evidente que los museos, de la índole que sean, no son muy populares que se diga. Hagamos nosotros mismos un examen de conciencia. ¿Cuántos museos hemos visitado, libremente, es decir, sin que figurasen en el itinerario obligado de una ruta turística? Y más aún, ¿cuántos de ellos los hemos visitado por segunda o tercera vez?

Este hecho, triste en sí, y que parece hablar de un bajo nivel cultural en nuestras gentes, tiene su lógica lamentable: los museos son algo muerto e indigerible.

Bien naciendo de un simple coleccionismo o de la inquietud elitista de algunos señores sensibles a un bagaje cultural en peligro de extinción, los museos surgieron por doquier con la simple misión de atesorar, de conservar aquellos ejemplares u objetos que estaba claro que se tenían que preservar. Por tradición, estas muestras maravillosas había que mostrarlas al pueblo, pues en su nombre se solicitaron los fondos para la creación del Museo. Así nacieron las salas atiborradas de cuadros o rellenas de aterradoras hileras de ejemplares o muestras muy bien dispuestas a las que, con suerte, acompañaba una etiqueta clasificatoria y que en definitiva, no conseguían más que dejar bien patente en el visitante, su gran ignorancia, su pequeñez intelectual.

¿A qué se debe esto? Sencillamente, porque a quien realizaba estas exhibiciones le movía tan sólo un erudito interés de coleccionismo y las colecciones, aparte de ser sólo para entendidos, hay que enseñarlas completas, y cuanto más mejor. Otras veces, porque no se podía ofender la memoria de quién, a su muerte y en acto de generosidad hacia la colectividad, había donado su preciada colección de tal o cual cosa al museo. Así, lo que debía cumplir una función claramente didáctica y estar al servicio de toda la comunidad se constituyó en algo indigerible para un ciudadano normal y triste privilegio (en cuanto a su uso intelectual, no en cuanto a su visita) de unos escasos eruditos.

¿Pero cómo así —me podría preguntar usted—, el museo equis recibe una alta cifra de visitantes? Analicemos este fenómeno un momento.

En España, la mayor parte de los visitantes con que cuenta un museo son señores que vienen de otra localidad o turistas extranjeros. Estos, dentro

de su programa antiaburrimento o, en el mejor de los casos, culturizante (por muy frustrados que queden), tienen programada la visita a dicho museo porque se lo dictan las gafas turísticas ("No deje de visitar el museo equis") o porque, simplemente, no hay otra cosa que hacer en ese lugar.

En otros casos, los museos son visitados por las cosas que encierran y que, evidentemente, pueden tener un poderoso atractivo, cuando no son síntoma de vergüenza pública el no conocerlas. Además, en estos casos lo importante es haber estado en el museo, lo de verlo es lo de menos. Pongamos un ejemplo: "¿Que has ido a Madrid y no has visitado El Prado? Hombre, por Dios, qué bestia eres". Otros vamos porque, ¿quién no quiere conocer los Velázquez, los Goyas, etcétera, esos "totems" sacralizados de la grandeza de España que hoy, subversiva y freudiana, tanto se añora? Pero fijémonos que lo que nos mueve son los cuadros, o unos fetichismos ilustrados, no el museo.

No obstante, el museo es a veces protagonista,

pues dicen que el Prado es, en su género, el mejor museo del mundo, y hay que visitarlo. No nos engañemos, por favor; puede que sea la mejor colección, o la más valiosa (a los humanos nos gusta mucho visitar cosas cotizadas), pero en eso se queda:

En un amasijo, en una colección disfrazada de algo que no llega a ser, salvando honrosas excepciones. Los museos, en un concepto moderno, son algo muy distinto, con vida e identidad propia, de cara a la sociedad y a la cultura.

LOS MUSEOS DE CIENCIAS NATURALES

Para no seguir con adquisiciones que, por obvias, no dejan de tener su interés, vamos a centrarnos en nuestras islas y en un tema concreto más familiar al que suscribe.

Si la arqueología (guanches, p. ej.) o la pintura tienen por lo menos suficiente agarre para mover a los curiosos, esto de las Ciencias Naturales, y sobre todo en la Era Prefélix Rodríguez de la fuente, ha sido una especie de enciclopedia en nuestro holgazán espíritu intelectual. ¿Qué quién tiene la culpa? no sé, tal vez la Inquisición o la Iglesia en sí, o el Siglo de Oro de nuestras gloriosas Artes, o los romanos que tenían más de romanos que de griegos, o la simple circunstancia de vivir por debajo del paralelo 43 con todas sus implicaciones climático-hormonales. El hecho es que en esto de la Naturaleza, somos un pueblo subdesarrollado y testigos de ello, entre otros, lo son la piel arrasada de nuestro territorio y la ausencia de nombres vulgares para las cosas de la Naturaleza que nos rodean, las especies animales y vegetales que con mucho pasan de

"bicho alargado", "hierba de la cumbre" o "hierba verde", etcétera.

Esta afirmación la mantengo hoy aún cuando el movimiento de concienciación del deterioro ambiental ha llegado (bastante atrasado) a nuestra España. Aunque parece que los sentimientos por la Naturaleza van en serio, el mayor ruido proviene de ese "chollo" que políticamente es la conservación de la Naturaleza"; es decir, un vigente bastón para trepar por los peldaños del poder o de la "gracia popular". En esta ocasión y, al igual que antes, debemos salvar las honrosas excepciones.

Canarias, respecto a la Naturaleza, es algo singular ("is different" en términos "tradicionales") y no porque lo diga un canario, que soy, o un promotor turístico, que no soy, sino porque es cierto. La Naturaleza en las islas en general, y en éstas, en particular, presenta por lo común una gran variedad de ambientes, en su mayoría típicos (que no "typical") y escasos. En otras palabras, que poseemos una gran riqueza natural que consiste en tener poco de mucho. Aunque nuestro Teide nos parezca enorme, nuestros ambientes naturales son realmente pequeños en extensión y si el hombre sigue presionando como acostumbra, diría que hasta diminutos.

Y eso de la "fragilidad de los ecosistemas insulares" frase apostolítica (de "apóstol" propagar una fe o doctrina, y "litos" piedra) en boca de políticos o curanderos de la ecología (entiéndase "ecologistas") es también una triste realidad, sólo que tal vez más difícil de explicar. Imaginémosnos un enorme móvil de esos que se hacen con alambres y de los que penden pescaditos u otros

MODERNO PARA LAS ISLAS CANARIAS

objetos. En un continente, de cada alambre penden dos pescaditos, uno en cada extremo con lo que se consigue un equilibrio muy estable. Pues bien, los ecosistemas insulares se caracterizan porque faltan un montón de pescaditos (nichos ecológicos sin ocupar) y no obstante, el móvil se mantiene en equilibrio (equilibrio lábil). Basta que quitemos o pongamos uno de más, para que el conjunto se desmadre y, dicho sea de paso, es lo que hemos estado haciendo desde que llegamos a las Islas.

Si el lector aún no se ha enfadado por eso de irme por las ramas, permítame sacar algunas consecuencias de estas disquisiciones.

La naturaleza canaria tiene un gran valor como tal por su singularidad. Debemos estudiarla para conocerla, conocerla para entenderla, entenderla para manejarla con acierto, y manejarla con acierto para preservarla. De ello se deduce que es necesario intensificar la investigación de base de forma coordinada, promover la investigación aplicada técnicamente, abordar la educación ambiental de una santa vez, y aplicar los criterios técnicos bajo decisión y responsabilidad política, al manejo de nuestra maltratada Naturaleza, que ya va siendo hora. Pero esto es un tejido demasiado complejo para un acaso aprendiz de sastre. Me limitaré a mi tema de hoy.

¿Qué pintan los museos de Ciencias Naturales en todo este meollo?

Quisiera, para responder, proponerles una idea en concreto. Imaginemos un museo de Ciencias Naturales, dependiente de una entidad local como pudiera ser, en parámetros actuales, el Cabildo, cuyo cometido serían las

siguientes tres funciones: Educación, Conservación e Investigación.

EDUCACION

La educación, junto con la conservación, sería una faceta imprescindible para constituir un museo según criterios modernos. Ello se consigue mediante la interpretación que es un arte híbrido que lleva partes de estimular, informar y enseñar. El desarrollo interpretativo de las exhibiciones supone mucho trabajo, es caro, pero muy productivo en cuanto a enseñanza. Se consigue más con buenos textos, dibujos o los modernos medios audiovisuales, que con un amasijo de objetos que no nos dicen nada. Esto significa que de las colecciones del museo sólo una pequeña parte, pero bien tratada, va a ser utilizada en la interpretación, de cara al pueblo.

Con ello obtenemos dinamismo, pues es fácil renovar, cambiar el enfoque de la interpretación, preparar temas monográficamente, desarrollar actividades de participación ciudadana (concursos, p. ej.) establecer una biblioteca especializada, o programar charlas o documentales. En resumen, conseguimos dar vida y variedad a algo que hasta hoy, era muerto. Un museo así puede ser visitado varias veces al año, pues nos ofrecerá temas distintos que conocer y aprender.

Una función educativa según estos criterios, se nos antoja primordial en la actualidad. El canario conoce poco a su tierra, y es por el conocimiento de lo inmediato como nos podemos adentrar en los aspectos generales. Y esto que es de perogrullo, aún no se refleja en los textos de educación básica, es-

critos en lenguaje de naturaleza ibérica.

Además, ahora que estamos en época de enterramientos y que nuestras Cortes, en galvanizantes palabras de un tierno profesor, "han acabado con la España trágica", por qué no, aunque sea en Canarias, enterrar la "anti-naturaleza", eliminar ese absurdo sentimiento hispánico de cursilería o infanticismo frente a los animales, plantas o minerales? La naturaleza también es cultura a pesar de la arcaica división Ciencias Naturales versus Ciencias Culturales, que nos vienen insuflando dogmáticamente. ¿Es qué no es tan o más importante que conocer las obras de Gonzalo de Berceo, saber que un bicho con dos alas y pinta de avispa no es capaz de picar, o que un bosque puede aumentar la pluviometría de una región? Por favor, honrémoslos por lo menos en este aspecto, dando al canario lo que, además de necesitarlo, se merece y tiene derecho.

CONSERVACION

La conservación sigue siendo otro de los pilares de un museo moderno. Hay que recolectar, almacenar y estudiar las colec-

ciones científicamente elaboradas en beneficio de la propia educación, del conocimiento de nuestro entorno, y en deber hacia la ciencia. En este aspecto, Canarias tiene una gran responsabilidad y es la de guardar, por lo menos como muestras representativas en un museo, un reflejo de esa naturaleza peculiar y única cuya importancia científica parece que han reconocido todos los extranjeros, menos los propios canarios.

En la actualidad existen museos de Ciencias Naturales (el de Santa Cruz de Tenerife, La Cosmológica en La Palma, y el Museo Canario en la otra provincia) donde existen, entre mucha metralla y simples curiosidades, materiales de gran valor. Además están una serie de colecciones particulares de gran interés hechas con seriedad y penuria por hijos del país y que, de seguir el camino que han llevado, terminarán en museos ibéricos o extranjeros.

Las colecciones hay que conservarlas, inventariarlas y aumentarlas con personal dedicado ex profeso a ello y esta es misión de un museo, y no de la universidad, donde su destino depende completamente de la imprevisible "climatología depar-

tamental", por llamarla de algún modo decente.

En la ciencia, y entre personas cultas, cuanto mejores son y mejor están las colecciones de un museo, mejor es éste, y ello prestigia al pueblo que las mantiene.

INVESTIGACION

La investigación es el último complemento de un museo. De nada sirve tener preciosas colecciones si no las hacemos accesibles a la ciencia mediante su investigación y estudio. De aquí también se deriva el hecho de que de nada sirven las colecciones que no puedan ser estudiadas científicamente. (Los museos de curiosidades son capítulo aparte).

Tampoco queremos pasarnos de utópicos y soñar anglosajónicamente en un plantel completo de investigadores dedicado a cada una de las disciplinas naturales. Sin embargo, sí que es factible cubrir esta necesidad básica mediante un grupo mínimo de investigación, bajo una dirección programada y suplir los tentáculos que faltan mediante becarios de plazo fijo o con los tesinandos que tanto produce nuestra universidad. Además, como los especialistas no



Los museos, como este del Puerto de la Cruz, una necesidad *disparata*

surgen por generación espontánea, sería preciso disponer de un sistema (alojamiento, p.ej.) que permitiera ir trayendo poco a poco a estos imprescindibles mirlos blancos de la Ciencia que son los especialistas y que se caracterizan por estar regados por esos países de Dios. Es así como se consigue que se vayan estudiando nuestras colecciones, puesto que si las enviamos fuera de nuestras islas, es muy posible que no vuelvan.

De los estudios siempre se obtienen datos que, además de poder ser publicados si su calidad lo aconseja, se archivan ordenadamente y podrían ser suministrados cuando se solicitasen. Y es que antes de tomar decisiones, se les aconseja a los políticos el valorar las alternativas que presentan los

técnicos, como resultado de un estudio que se basa en una metodología y en un manejo ordenado de los datos.

Y ya que estamos hablando de ciencia-ficción, supongamos que no existiese el Jardín de las Hespérides, pues aunque la mitología dice que se encontraba en las Islas Canarias, parece ser —y esto es secreto— que el buen labriego lo plantó entre Tenerife y Gran Canaria, de Norte a Sur.

Salvando esta cordial divergencia, un museo con estas características debería estar ubicado en La Laguna, junto a la Facultad de Ciencias Biológicas o, por lo menos, con un cordón umbilical que no fuese demasiado retorcido. Este museo podría ser constituido como nodriza de los otros museos

insulares a los que suministraría y rotaría los programas interpretativos, pues parece claro que duplicar planteles de investigación o colecciones de almacén, por todas las islas, aparte de ser un despilfarro, sería un caos. Pero recordemos que las cosas se ven claras en Canarias, sólo cuando no sopla el viento Sur, que además viene de Este a Oeste, de manera que corramos un estúpido velo.

Como quiera que empezamos haciéndonos una pregunta, demos por finalizadas estas disquisiciones, fruto de un día de calor y de romería, con otra pregunta:

¿Queremos un Museo de Ciencias Naturales digno?

**ANTONIO MACHADO
CARRILLO
BIOLOGO**